

El Carretón



« Era un hombre largote y flaquito con una mujer chiquita y también flaquita. Iban los dos juntos montados en la carreta y se escuchaban los cascos de los caballos, pero yo nunca vi los caballos.»

ZULAY LEÁÑEZ

San Miguel de Acarigua fue fundado el 29 de septiembre de 1620 por Francisco de La Hoz Berrío en las riberas del río Bocoy, arriba de la sabana de Choro. Huyendo de las invasiones continuas de los caribes y bajo la orientación del licenciado Diego de Heredia de Berganciano, su cura doctrinero, en 1645 esta población formada por indios gallones fue trasladada a la margen izquierda del río Acarigua, en el lugar que aún hoy se denomina Asiento del Pueblo Viejo. Años después, a causa de las frecuentes inundaciones que el pueblo sufría en tiempos de lluvia, el padre Fernando de Heredia se vio obligado a mudarlo para un lugar que llamaban Araure, donde había existido una villa con ese nombre. Araure fue fundada 1696 por el misionero capuchino fray Ildefonso de Zaragoza en las inmediaciones de la quebrada de Armo. Meses más tarde, por orden de Juan García Campero, fue trasladada arbitrariamente al margen de la quebrada de Araure, en tierras de San Miguel de Acarigua.

De allí ese enfrentamiento que a través de la historia y de manera casi inconsciente mantienen estas «ciudades gemelas», como las llaman en la actualidad. La rivalidad entre Acarigua y Araure se traduce en comparaciones constantes que hacen tanto de un lado como del otro resaltando las bondades de cada pueblo y dejando en evidencia ese resentimiento ancestral.

En Acarigua, ese pueblo hospitalario con pasado de mudanzas e invasiones, también existen leyendas misteriosas que han vencido al tiempo y perviven en el recuerdo de algunos de sus vecinos.

Sara Marina de Medina, profesora de la Unidad Educativa Ramón Colmenares, y su cuñada Rosa Medina, contaron que una noche, en el año 1958, viviendo ellas en la antigua calle 7 de Acarigua, hoy calle 32, se encontraban en la calle como a la una de la madrugada sentadas sobre un medidor de agua y bajo la luz de un poste del alumbrado público. Estaban bordando sábanas que ellas mismas confeccionaban y que vendían a cuarenta bolívares el juego, al tiempo que conversaban animadamente. De pronto el niño pequeño de Sara lloró dentro de la casa y ellas recogieron rápido el material y se fueron a la cocina para prepararle el tetero. Inmediatamente sintieron que por la calle pasaba algo así como un carro de mula, con ruedas de hierro que sonaba de manera estruendosa sobre la calle de piedra. Al día siguiente hicieron el comentario de lo que habían oído y doña Petra de Parra les dijo: Ese es el Carretón, el mismo donde llevaban a los muertos cuando la fiebre amarilla, y como esta es la calle del cementerio, por aquí siempre se escucha.

Asimismo, la difunta doña María de La Cruz Parra, quien también vivía en la antigua calle 7 de Acarigua, contaba que una noche como a las doce, estando ya acostada, oyó el ruido inconfundible de una carreta, el traqueteo de ruedas de hierro sobre la calle de piedra. Sin pensarlo mucho y sin temor, más bien presa de la curiosidad, se levantó y entreabrió la ventana para asomarse, y por poco cae desmayada cuando vio que sobre el caballo flaco que guiaba la carreta iba sentado un hombre semejante a un esqueleto, desnudo y en posición contraria a la de un jinete normal; es decir, estaba sentado de frente a la grupa del animal. De allí en adelante el miedo no la dejaba dormir.

WALDEMAR ESTRADA

52 años

Cuando yo tenía como doce años vivíamos en La Reja de Guanare. Yo estaba sentado en el porche de la casa y esa casa tenía una pared y unos portones todos cerrados y no se veía para la calle. Era ya como la media noche, de doce a una, cuando escuché que pasó una carreta por la calle, pero en ese tiempo ya no existían carretas con caballos de ningún tipo en Acarigua, ni caballos, ni nada de eso. Y eso sí lo escuché clarito, los caballos y las ruedas de la carreta que iban dando vuelta por la calle engranzonada.

ZULAY LEÁÑEZ

En ese tiempo yo tenía nueve años y vivíamos en un ranchito de bahareque que ya se iba a caer, cerquítica de La Quebrada de Araure. Yo me acuerdo que cuando los cobradores le iban a cobrar a mi papá, porque había muchos «coterros» que venían a cobrar semanalmente, ellos se paraban en la acera de enfrente por miedo a que la casa les cayera encima. En esa casa yo todas las noches oía el ruido de una carreta que pasaba en la madrugada y a mí el ruido de la carreta me gustaba. Yo estaba como obsesionada por ese ruido. Eso me llamaba la atención y yo me despertaba. Y todas las noches cuando la oía yo me levantaba y me dirigía al cuarto de mis hermanos varones a mirar por la ventana, a mí me gustaba verlos. Era un hombre largote y flaquito con una mujer chiquita y también flaquita. Iban los dos juntos montados en la carreta y se escuchaban los cascos de los caballos, pero yo nunca vi los caballos.

Mi papá una noche me descubrió, me siguió al cuarto de los varones para ver lo que yo hacía, y cuando se dio cuenta que era que yo miraba la carreta por la ventana, el castigo fue tremendo, porque esos y que eran espantos de La Quebrada de Araure; pero a mí nunca me dio miedo, más bien me gustaba verlos, por eso a mi mamá le dijeron que si hubiera seguido viéndolos me hubieran encantado.

JUANA BETANCOURT

42 años, profesora, vecina de Chabasquén

Yo he oído un caballo en la media noche en varias calles de Chabasquén: en la calle Comercio, en la Negro Primero y la Urdaneta. Yo he vivido en esas calles y siempre oí el caballo, primero su trote y después el jadeo de ese animal cuando está cansado o tiene rabia. No es cuento, porque todavía en este siglo XXI la gente lo sigue oyendo y muchas personas pueden dar fe de que lo que yo digo es verdad porque ellos también lo han oído.

